

militares, frailes, ciudadanos, todos, en fin, excepto treinta y seis, han votado por la anexión, (1). Napoleón insiste en su correspondencia sobre las *innumerables cartas* que recibe de los Genoveses pidiendo la anexión a la Francia (2). El emperador no había repudiado aún suficientemente los principios de la revolución; pretendía pasar siempre por el pacificador de la Europa y no por un conquistador. Respondiendo al discurso del dux que le presentó el acuerdo de la república, habló como lo hubiera hecho la asamblea constituyente: "Las firmas de todos vuestros conciudadanos, puestas al pie del acuerdo que me presentáis, responden a todas las objeciones que yo pudiera hacer: estas firmas constituyen el único derecho que reconozco como legítimo, (3). Dicho se está que el pueblo de Génova estaba entusiasmado con verse francés. El emperador es el que se lo cuenta al príncipe Lebrun (4).

Tenemos algunos escrúpulos acerca del entusiasmo de los Genoveses. En las memorias del duque de Rovigo se lee lo siguiente: "Yo creo que se *ayudó un poco* aquella revolución, (5). Fué, pues, el emperador el que quiso la anexión más bien que los Genoveses. Sin embargo, el duque de Rovigo dijo a Alejandro: "Hemos tomado a Génova a nuestro pesar, (6). Después dice que la anexión fué decretada en interés de los Genoveses. Sin embargo, fué necesario ayudarles a que lo quisieran todo por su interés... ¡qué comedia! La comedia se representaba ante la Europa: Napoleón quería hacerla creer que la anexión era pedida por el pueblo genovés; su correspondencia misma atestigua que aquello era el pretexto, pues escribiendo a Cambacéres, le dice: "El pueblo de Génova parece que quiere su anexión a la Francia. Las ventajas de *esta anexión* y las circunstancias me parecen tales, que deben hacerme pasar por alto las *murmuraciones* de algunas potencias; en realidad, esto no puede excitar más que la animadversión de la Inglaterra, (6).

(1) *Choix de rapports*, t. XIX, p. 132.

(2) Carta del 30 de Mayo de 1805 a Lebrun (*Correspondencia de Napoleón*, t. X, p. 569).

(3) *Choix de rapports et des discours*, t. XIX, p. 133 (*Correspondencia de Napoleón*, t. X, p. 569).

(4) Carta del 31 de Mayo de 1805 (*Correspondencia de Napoleón*, t. X, p. 569).

(5) *Memorias del duque de Rovigo*, t. II, p. 1670.

(6) Carta del 27 de Mayo de 1807 (*Correspondencia de Napoleón*, t. X, p. 562).

¡Qué desprecio de la opinión pública! No eran algunas potencias, era la Europa entera la que veía con terror que Napoleón marchaba de conquista en conquista cuando acababa de comprometerse solemnemente a no realizar anexión alguna. ¡Y el emperador trata esos temores de murmuraciones! Bien conocía él mismo que la anexión de Génova debía molestar a la Europa, toda vez que imaginó motivos y razones sin cuento para justificarla. En su correspondencia se encuentra un proyecto de discurso al Senado, y en él se lee: "Yo he debido responder al voto del pueblo de Génova y reunir su territorio a mi imperio, porque considerando a esa anexión bajo el solo punto de vista de las costas y de la marina, entraba perfectamente en mi sistema marítimo. Bajo este punto de vista, ¿se puede censurar ese acrecentamiento de territorio, cuando se trata de combatir una potencia que ha violado constantemente el derecho de gentes para con todos los pueblos de la tierra?... Yo lo hubiera hecho aun cuando no hubiera considerado más que lo que pasaba en el continente. Yo lo hubiera hecho en equivalencia al sistema austriaco que en Suavia ha adquirido una extensión considerable de territorios y de buenos soldados... Yo lo hubiera hecho, igualmente, en equivalencia del acrecentamiento de poder que realiza diariamente la Rusia con los tratados que impone a la Turquía (1).

Napoleón trataba las quejas de la Europa de murmuraciones. ¡Y qué no podía decirse de las razones que acabamos de copiar! La Francia había ya traspasado sus límites naturales; ese sueño de la ambición francesa. Y el emperador quería nuevos acrecentamientos de territorio cuando el Austria había ya perdido la Bélgica y todo lo que poseía en la orilla izquierda del Rin. En cuanto al despotismo marítimo de la Inglaterra, era un admirable pretexto para Napoleón. Si las costas de Italia le eran necesarias para combatir a los ingleses, ¿no podía decir otro tanto de las costas de España y Portugal, y de las de Holanda, y de las de Alemania? Esto es lo que hace notar Gentz, el publicista de la coalición, con motivo de la anexión de Génova; y lo hacía notar cuando no sospechaba que iba a ser una realidad lo que sólo consideraba

(1) Nota del 15 de Septiembre de 1805 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XI, p. 243, 243).

lógicas consecuencias de las usurpaciones napoleónicas. "Con esos principios, decía, Bonaparte puede mañana conquistar la España, (1). Tres años después, los franceses entraron en Madrid. "Con ese mismo principio, continuaba Gentz, el elector de Wurtemberg ó de Baden podrá declarar que su unión al imperio germánico ha dejado de existir, y que sus respectivos países están a los pies del emperador de los franceses, (1). Algunos meses después se hacía esa misma declaración en la dieta del imperio por los mismos príncipes de la confederación Rheniana. Hacía mal la Europa al asustarse por aquellas invasiones; ¿eran murmuraciones vanas aquellos temores? Los historiadores franceses hablan del *monstruo de la ambición moscovita*... ¿Acaso era menos monstruosa la ambición del emperador?

II

Alabrir la sesión del Cuerpo legislativo en 1809, Napoleón dijo: "Yo he *anexionado* la Toscana al imperio. Esos pueblos han sido dignos, por su dulzura de carácter, *por la adhesión que nos han manifestado siempre sus antepasados*, y por los *servicios que han prestado a la civilización de la Europa*, (2). En 1805, habla aún del bien de los pueblos para justificar, para encubrir al menos la anexión de Génova. Pero ahora el emperador no se toma el trabajo de dar pretextos: "Yo he *anexionado*, (1). Su voluntad ocupa el lugar de la razón; y preferimos este lenguaje, que al menos es franco y verdadero, solamente que es la franqueza del despotismo. No se les pregunta a los Toscanos si quieren ó no la anexión, sino si son *dignos* de ella. ¡Ya lo sabéis, naciones de Europa! El día en que merezáis ser *anexionados* al gran imperio, el emperador dirá: "Yo he *anexionado* tal nación, porque se ha hecho digna de ello, (1). Y ¿qué es necesario para que un pueblo llegue a ser francés? Es necesario desde luego que tenga *buenas costumbres*, y que *sus antepasados hayan dado testimonios de adhesión a la Francia*, y, por último, que hayan prestado servicios a la civilización; no necesita más. Ahora bien, cómo de día en día las costumbres se

(1) GENTZ, *Memoria sobre la anexión de Génova* (*Memorias y cartas inéditas*, p. 64).

(2) *Choix de rapports et des discours*, t. XX, p. 108.

dulcifican, y cada pueblo procura prestar servicios a la civilización, es de esperar que poco a poco, todas las naciones sean dignas de anexionarse a la Francia. No queda más que una dificultad, que hayan demostrado su afecto al imperio; pero ayudándolas un poco, como dice el *duque de Rovigo*, se vencerá este obstáculo.

Pero aún hay otra dificultad: ¿con qué derecho sanciona el emperador la anexión de la Toscana al imperio? La Toscana formaba un reino con el nombre de Etruria. El mismo Napoleón lo había creado para una infanta de España. Así se le había antojado hacerlo, y del mismo modo lo deshacía. Napoleón procede con un *sans-façon* admirable; ni siquiera se dirige ya a su ministro de Estado para tratar esas graves cuestiones, de las cuales depende la suerte de un pueblo y la paz de la Europa: le basta con llamar al gran mariscal de palacio para que haga entender al embajador de España cuál es la voluntad del emperador. Napoleón escribe al general Duroc: "Mañana enviaréis a llamar a Izquierdo, y le diréis que no pongo dificultad alguna en dar al rey de España un principado en Portugal, y aun separar una parte para la reina de Etruria y para el príncipe de la Paz, (1). Hé ahí hasta dónde llegaba el espíritu de invasión del emperador: *no encuentra dificultad alguna* en disponer de Portugal. ¿Es acaso que le pertenecía Portugal? Decreta que la Casa de Braganza ha dejado de reinar; y... no hay más que decir. Da el principado de Portugal a España, mientras que se prepara a destronar al príncipe. Distrae una parte para indemnizar a la reina de Etruria, y toma otra para dársela a un infame criado que se llama príncipe de la Paz.

Tal es el gobierno de un monarca universal. Falta saber por qué quiso Napoleón quitar a la reina de Etruria un trono que la había dado. En el volante al gran mariscal de palacio, añade el emperador: "En cuanto a los negocios de Etruria, haced entender a Izquierdo que es muy difícil que la casa de España continúe establecida en medio de la Italia, (1). ¿Y en qué consistía esa gran dificultad? En que toda la Italia pertenecía ya al emperador. La Etruria es una deformidad en la península, que ya se le hace tarde el borrarla. ¿Y en qué

(1) Carta del 15 de Septiembre de 1807 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XVI, p. 55).

consiste esa deformidad? "En los negocios religiosos, en los frailes, en el comercio de Liorna, en la incapacidad absoluta que ese país tiene para gobernarse., Hartas deformidades de esas había en Europa y en otras partes del mundo. El emperador se atribuía la misión de borrarlas. Hé ahí su derecho. ¿Habrá que preguntar, en vista de eso, qué viene á ser el derecho de los pueblos, ni el derecho de los príncipes?"

III

Por el mismo tiempo Napoleón decretó la anexión de los Estados del papa al imperio francés. Es necesario no confundir los designios de la Providencia con la ambición de un hombre. Sin duda que el poder temporal del papa es una anomalía bajo el punto de vista del cristianismo, y una injusticia respecto al pueblo á quien se quiere someter al yugo del más detestable de sus gobiernos. Pero al decretar la anexión de Roma á la Francia, ¿qué tenía que ver Napoleón con la nacionalidad italiana? ¿Acaso los anexionó á su imperio por amor á los Romanos? Largos debates preceden á la anexión, y en ellos no se habló una palabra de unidad italiana, como tampoco de la miserable suerte de los Romanos. Fué la ambición de Napoleón, y nada más que su ambición, la que le excitó á deponer al papa que lo había coronado. Nosotros no pretendemos defender á Pío VII: como príncipe temporal, hubiera debido someterse á la necesidad de las circunstancias, así como lo habían hecho otros más poderosos que él: resistió, sin embargo, alegando sus deberes espirituales, lo cual era proclamar la incompatibilidad del poder temporal, unido al poder espiritual en las manos de un sacerdote. Si Napoleón representa el papel de un déspota en sus cuestiones con Pío VII, el papa, por su parte, hace una triste figura; no parece sino que es una momia del siglo XII luchando á brazo partido con las terribles realidades del siglo XIX; y no es la causa de la religión la que le inspira, es el estímulo de su dominación. Y si se dice que esa dominación es la esencia del catolicismo, entonces Pío VII ha pronunciado la sentencia de muerte de la religión de que es jefe, porque el régimen que quería sostener es completamente inconciliable con las ideas, los sentimientos y la tendencia de la sociedad moderna.

La oposición entre Roma y Francia no data de Napoleón y de Pío VII. Un historiador francés dice que la causa de la santa sede era la de los reyes coligados contra la Francia. "Entre el genio de la Revolución, añade Armando Lefebvre, y el viejo genio ultramontano había la profunda disparidad que existe entre el pensamiento libre y el pensamiento encerrado en los límites del dogma católico, entre el progreso y la inmovilidad," (1). Nada más cierto, y eso quiere decir que la corte de Roma era contrarrevolucionaria por esencia. Si su poder hubiese igualado á su mala voluntad, se hubiera puesto á la cabeza de una cruzada contra la Francia. Lo que prueba la vehemencia de su odio es el que el jefe del catolicismo no reparó en entrar en correspondencia con príncipes cismáticos y herejes para excitarles contra el enemigo común. Pío VII escribió á Catalina II, esa santa mujer, para empeñarla á que se uniese á los reyes coligados contra la revolución; y en el mismo sentido escribió al rey de Inglaterra (2).

Pío VII no se decidió sin viva repugnancia á consagrar á Napoleón. Si hemos de creer á un historiador bien informado, lo hizo con la esperanza de obtener las Legaciones (3). El emperador no le otorgó lo que deseaba, y de ahí la mala inteligencia entre el papa y Napoleón: "Los Romanos, dice de Pradt, miserablemente engañados, experimentaron el despecho de los que ven que otros les roban su papel," (4). Arrastrada por su odio á la Revolución, la corte de Roma se hizo el enemigo más poderoso del emperador. No hay por tanto que admirarse si Napoleón llegó á ser el enemigo de la corte de Roma. Nosotros no pretendemos excusar las violencias del César francés, ni las insolencias de su diplomacia; pero no es menos cierto que Pío VII hizo todo lo que pudo para atraer la catástrofe que estuvo á punto de arruinar para siempre el poder temporal de la santa sede.

Cuando en 1805 el Austria reanudó imprudentemente la lucha, la corte de Roma, con más imprudencia todavía, se constituyó en su aliada, á lo menos por su mal querer. Volvieron á aparecer los

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. III, p. 204.

(2) Véase sobre la importancia del papado durante la Revolución mi *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*.

(3) DAUNOU, *Ensayo histórico sobre el poder temporal de los papas* (t. II, p. 305).

(4) DE PRADT, *Los cuatro concordatos*, t. II, p. 291.

antiguos jefes de guerrillas y las bandas de paisanos. Bajo la vista misma del embajador de Francia, si no de Napoleón, los enemigos de éste no temían entregarse á las más culpables intrigas: se redactaban listas de proscripción de los amigos de la Revolución, y se trataba de sublevar todos los pueblos de Italia contra los Franceses (1). Esto responde de antemano á las quejas de la corte de Roma contra Napoleón. El emperador obligó al papa y le impuso el bloqueo continental. Pero pedía dejar las costas romanas en manos de un enemigo. Quiera ó no quiera Pío VII, escribe á Talleyrand, forma ya parte de mi confederación. Si él se arregla conmigo, yo le dejaré la soberanía de sus estados; pero si no lo hace, me apoderaré de todas sus costas (2). Napoleón protesta: "Que él no ambiciona una extensión de territorio para sus estados de Italia; declara que no quiere quitar nada al papa, pero quiere que esté dentro de su sistema, y quiere ejercer en sus estados la misma influencia que ejerce en Nápoles, en España, en Baviera y en los Estados de la federación. Que si la corte de Roma continúa en la ceguedad que la impele, se quedará sin sus Estados temporales para siempre," (3).

El santo padre oponía á estas exigencias los deberes que le imponía su carácter espiritual: "Nosotros, dice el vicario de ese Verbo eterno, que no es el Dios de la discusión, sino el Dios de la concordia, que ha venido al mundo para arrojar las enemistades y evangelizar la paz, tanto á los que están lejos de él como á los que están cerca, ¿nos podemos desviar de la enseñanza de nuestro Dios, el divino institutor? No es nuestra voluntad el que ocupemos este sitio en la tierra, por el cual debemos la paz á todos, sin distinción de herejes ni católicos, así á los que estén con nosotros, como á los que estén lejos de nosotros... Arrojar á los ciudadanos de las potencias en guerra con Vuestra Majestad, cerrarles las puertas, sería lo mismo que romper toda comunicación entre nosotros y los católicos que viven en sus dominios... Nosotros no sabemos lo que pasaría si los soberanos de estos

Estados se viesan provocados por nosotros (1)... Estas palabras son dignas de un vicario de Cristo; pero los papas no usaban siempre ese lenguaje. Pío VII era también el vicario de aquel que se llamaba príncipe de la Paz, lo cual no impedía para que excitasen á todos los reyes á coligarse contra la revolución. Pero aún hay más: en la corte de Pío VII, los hombres de iglesia conspiraron y sublevaron la Italia contra la Francia. ¿Qué es lo que hacían entonces por la paz? Era una máscara que cubría la hostilidad del papa. Si él era sincero en sus palabras, es necesario decir que el poder temporal es incompatible con el poder espiritual. Como príncipe, Pío VII debía tomar parte en un debate en que la Europa entera estaba interesada; si no podía como papa, debía dejar de ser príncipe.

Napoleón quiso dar la apariencia de derecho á sus exigencias. Desde el año 1806 significó á Pío VII "que al subir al trono de Francia, pretendía heredar los derechos de los emperadores franceses," (2), y escribe al papa: "Vuestra santidad es el soberano de Roma, pero yo soy el emperador (3). Yo soy Carlomagno, la espada de la Iglesia," (4). Era la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza del santo padre. "Yo doy á conocer al papa mis condiciones; si no se somete, le reduciré á la misma condición que tenía antes de Carlomagno." Hé aquí una pretensión singular, y que no es dirigida solamente al papa. Napoleón era el heredero de Carlomagno: ¿no tenía otros derechos que reivindicar que la soberanía de Roma? ¿No era el emperador de Occidente? Pío VII dió una lección de historia á Napoleón, pero lo hizo como la Iglesia acostumbra, alterando la realidad de las cosas. Tenía razón al decir que no reconocía en Napoleón la cualidad ni los derechos de emperador de Roma; pero no la tenía al añadir que nunca tuvo derecho sobre Roma ningún emperador, y que jamás el papa había reconocido en sus Estados un poder superior al suyo (5). Estas pretensiones eran tan falsas como las de Napoleón, y más nocivas para la santa sede, porque pusieron

(1) *Carta de Pío VII*, 21 de Marzo de 1806 (SCHOELL, *Archives historiques et politiques*, t. II, p. 28 y siguientes).

(2) Nota á la corte de Roma de 16 de Mayo de 1806 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XII, p. 457).

(3) *Carta del 13 de Febrero de 1806* (*Correspondencia de Napoleón*, t. XII, p. 47).

(4) *Carta de Napoleón á Gesá* (*Correspondencia*, t. XII, p. 49).

(5) *Carta de Pío VII*, 21 de Marzo de 1806 (SCHOELL, *Archives historiques et politiques*, t. II, p. 35).

al papa camino del abismo. Era el pontificado de la Edad Media que se ponía frente al representante armado de la revolución. Las momias de Roma debían estrellarse en este conflicto.

Pío VII comprendió tan mal la Revolución y su heredero, que quiso tratar á José, rey de Nápoles, por la voluntad del emperador, como Gregorio VII había tratado á los jefes de los Normandos, después reyes de las dos Sicilias. Napoleón, á su vez, dió una lección de historia al papa. Decidle, escribe á Talleyrand, que confunde circunstancias que no se asemejan; que si en los tiempos de ignorancia el papado usurpó el derecho de dar coronas, ese tiempo ha pasado; que es necesaria la *impericia extrema* y la *malquerencia* de la corte de Roma para soñar en someter al rey de Nápoles á los pretendidos derechos de la santa sede. "¿Qué vértigo se ha apoderado de la corte de Roma?", exclama el emperador. ¿Qué conducta sigue sino la que hace tiempo le dictan los hombres *ineptos* y *perversos*? Es necesario decirlo, la santa sede está gastada por el poder temporal," (1). Se debe tener en cuenta esta decrepitud cuando se aprecia la palabra de Napoleón. El 7 de Enero de 1806 escribe al cardenal Tesch: "El papa me ha escrito el 13 de Noviembre una *carta ridícula é insensata*; estas gentes me creen muerto... Mi intención es recordárselo y hacerlos reemplazar por un seglar. Puesto que estos *imbéciles* no encuentran inconveniente en que un protestante ocupe el trono de Francia, yo le enviaré un embajador protestante. Decid á Consalvi y al papa mismo que puesto que quieren echar mi ministro de Roma, yo podría muy bien ir allá y restablecerlo. No se podrá hacer nada de esos hombres sino por la fuerza... *Van á ser la befa de las cortes y de los pueblos... No hay nada, en verdad, tan irracional como la corte de Roma*," (2).

Á medida que los debates se prolongaron, el lenguaje de Napoleón se hizo más altanero. El 18 de Mayo de 1807 escribe al príncipe Eugenio: "*Estas gentes son ineptas hasta donde no se puede imaginar*," (3). El 22 de Julio el emperador envía á su hijo adoptivo una verdadera mercurial; en ella le dice al papa: "Los antiguos romanos conquistaron el mundo por las armas. Los papas se han

(1) Carta del 16 de Mayo de 1806 á Talleyrand (*Correspondencia de Napoleón*, t. XII, p. 457).

(2) *Correspondencia de Napoleón*, t. XI, p. 643.

(3) *Correspondencia de Napoleón*, t. XV, p. 301.

aprovechado de la ignorancia de los pueblos de las Galias, de España y del Norte, y Roma continúa teuiendo el cetro; pero á lo menos tenía en esos tiempos los talentos de la política y las letras; hoy no tiene más que *ignorancia, ineptitud y espíritu de rutina*. Esta es la última vez que entro en discusión con esa *clerigalla romana*... Los derechos de la tiara no consisten más que en humillarse y orar. La insolencia y el orgullo no forman parte de sus prerrogativas," (1). Los eclesiásticos combatieron á su vez, y por vías ocultas, al emperador todopoderoso. Napoleón escribe á Champany: "El nuncio apostólico no ha dejado nunca de dar pruebas de su malquerencia con la Francia. Las peores noticias que llegaban de Roma no eran sabidas más que por él. Es verdad que este hombre es de una incapacidad tal, que en el cuerpo diplomático habrá pocos más *ignorantes é idiotas*... Yo espero que el papa pondrá fin á las discusiones importunas y ridículas de esa *clerigalla tan malévola* como *ignorante* que gobierna hoy día á Roma," (2). ¡Estas injurias estaban destinadas á figurar en las notas diplomáticas!

Eugenio de Beauharnais escribe á Napoleón: "Será más fácil hacer del papa un *mártir* que un *hombre razonable*," (3). Y esto no hace falta á los mártires. La ceguedad más increíble reina en la corte de Roma. ¿Se creará que en 1809 sueña en organizar una cruzada contra Francia y declarar la guerra, guerra de religión? (4). Las momias romanas viven aún en el siglo XII. Pero si el papa era un espectro de la Edad Media, Napoleón era un déspota. En 1806, Pío VII supo por el *Monitor* que el emperador había dispuesto de Benevento y de Pontecorvo, que formaban parte de los Estados pontificios. No había contado en nada con el papa, y su desprecio de todo arreglo llegó al punto de no querer saber su voluntad. Pío VII se queja amargamente: "El padre santo cree que éste es el primer ejemplo en la historia de que un soberano se encuentre en paz y amistad con otro, y éste se vea privado por aquél de una parte de sus dominios, sin título ninguno, sin tratado y sin aviso

(1) *Correspondencia de Napoleón*, t. XV, p. 555.

(2) Carta del 14 de Agosto de 1807, conteniendo una nota en respuesta al cardenal legado Consalvi (*Correspondencia de Napoleón*, t. XV, p. 633).

(3) *Memorias y correspondencias del príncipe Eugenio*, t. III, página 570.

(4) *Memorias y correspondencias del príncipe Eugenio*, t. III, página 267 y siguientes.

preliminar, y el santo padre no esperaba que semejante expoliación viniera de parte de un monarca católico y que profesara para él sentimientos de amistad y adhesión." ¿Qué respondió el gobierno imperial á estas justas quejas? "Benevento y Pontecorvo estaban enclavados en el reino de Nápoles, y, por consiguiente, eran objeto constante de dificultades entre la santa sede y la corte de Francia. Las antiguas causas del desacuerdo podrían reproducirse, y S. M. no ha querido dejarlas subsistir. Roma y Nápoles son los Estados por los cuales él tenía el más vivo interés..." (1). De esta manera el emperador despoja al papa, sin tomarse la pena de notificarle su voluntad; ¡y lo hace en interés del papa! ¡Para evitar que el obispo de Roma y el rey de Nápoles disputen por Benevento y Pontecorvo, se los da en principados á Talleyrand y á Bernardotte! ¡Admiremos la manera de mantener la paz en el mundo un monarca universal!

El papa resistió á las usurpaciones del emperador, y es necesario darle las gracias porque era la resistencia contra la opresión: "Veo, le dice al embajador francés, por las cartas particulares que recibo de S. M. imperial, que no me considerará como soberano si no accedo á su *sistema federativo*. Pues bien, esta adhesión no la haré jamás." En vano el embajador procura traer á Pío VII á una política más prudente; el papa le respondió: "Que había intormado al emperador de su resolución, y que no se volvería atrás de ella," (2). Era manifestar su decadencia y el fin del poder temporal de los papas. Las buenas razones no faltaban para despojarle de un poder incompatible con su misión espiritual. Napoleón decía al abrir la sesión del Cuerpo legislativo en 1809: "La historia me ha enseñado la conducta que debo seguir con Roma. Los papas que han sido soberanos de una parte de Italia se han mostrado constantemente enemigos de todo poder preponderante en la península y han empleado su poder espiritual para perjudicarle. Ella me ha enseñado que la influencia espiritual, ejercida en mis Estados por un soberano extranjero, era contraria á la independencia de la Francia, á la dignidad y á la seguridad de mi tro-

no," (1). Á decir verdad, Francia estaba en esa cuestión fuera de lugar; sólo los italianos tenían el derecho de quejarse de que el pretendido poder espiritual abusara de la influencia que ejerce sobre la credulidad humana para dificultar los destinos de la nacionalidad italiana. El día en que la nación declare que hay incompatibilidad entre la unidad de Italia y el papado, éste dejará de existir. Pero ¿quién dió á Napoleón el derecho de hablar en nombre de la Italia, ni en nombre de otra nacionalidad cualquiera, cuando su ambición de monarquía universal comprometía la independencia de todos los pueblos?

El derecho por el cual Napoleón dispuso la anexión de los estados romanos al imperio francés, testifica contra el emperador tanto como contra el papa. El dice muy bien que la mezcla de un poder espiritual con una autoridad temporal había sido siempre y aun era manantial de disensiones; que frecuentemente los soberanos pontifices habían empleado las influencias de la santa sede para sostener las pretensiones del príncipe de Roma. "Nada más absurdo, nada más odioso que esta mezcla de hipocresía y de dominación en los clérigos, que se dicen sucesores de los apóstoles. Pero el mismo decreto revelaba en Napoleón una ambición aún más absurda." "Cuando, dice, Carlomagno, nuestro augusto predecesor, hizo donación de muchos condados á los obispos de Roma, no se los dió más que á título de feudos y para el bien de sus Estados." Napoleón revoca una concesión de suyo revocable, y, por lo tanto, anexionando Roma á Francia no comete ninguna usurpación, porque Roma, dice, no dejó de formar parte del imperio después de la donación de Carlomagno (2). Es inútil decir las inexactitudes históricas que contienen estas palabras: nosotros diremos con un historiador francés que las pretensiones imperiales de Napoleón traspasaban los límites de la iniquidad y de la violencia para llegar á la locura. Napoleón llegó á ese grado de orgullo en que la razón se oscurece y la conciencia calla. Es el triste, pero inevitable fruto del despotismo, unido al poder de una monarquía universal (3).

(1) Nota del cardenal CONSALVI, del 13 de Junio de 1806 (SCHOBELL, *Archives historiques et politiques*, t. II, p. 145).

(2) LÉFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. III, p. 240 y 243.

(1) *Choix des rapports et des discours*, t. XX, p. 104.

(2) Decreto del 4 de Mayo de 1809 dado en Schoenbrunn.

(3) DE VIEL CASTEL, en la *Revue des Deux Mondes*, 1861, t. III, página 782.